



HOMILÍA DE LAS BODAS DE ORO SACERDOTALES

Catedral de Orihuela, 28 de septiembre de 2019

El pasado sábado, 21 de septiembre, siete condiscípulos celebrábamos junto a la tumba de S. Pedro, en la Capilla Clementina, la Eucaristía de acción de gracias a Dios por los 50 años de ordenación sacerdotal, y, posteriormente, en el mismo marco conmemorativo éramos recibidos por el santo Padre, el papa Francisco, sucesor de quien acabamos de escuchar en el Evangelio que hizo la profesión de fe sobre la que se asienta nuestra Iglesia.

Ha pasado medio siglo desde que en la catedral de Valencia fuimos ordenados por el Venerable José María García Lahiguera, nuestro querido y santo arzobispo, y esto después de ser llamados por nuestro nombre y responder: “Adsum”, “Aquí estoy”. Son las palabras con las cuales Abraham se ofreció disponible a la llamada del Señor, igual que siglos después dirían Samuel, los profetas de la Antigua Alianza y los incontables testigos de Cristo. “Adsum”, “Aquí estoy”, Señor ¡dispón de mí!, ¡envíame!, quiero ser instrumento tuyo. Cuantas cosas han sucedido desde aquella respuesta, desde aquel septiembre de 1969, fuera y dentro de la Iglesia. Cuantos cambios, enormes para nosotros, en estos cincuenta años.

En una ocasión papa Benedicto XVI, recordaba algo que le sucedió cuando era recluta en el servicio militar-que quizás ya habéis oído- era en la etapa final de la II Guerra Mundial. Apenas encuadrado en su unidad -cuenta él- que su teniente preguntó a cada uno del grupo que idea tenía sobre su futuro profesional; él cuenta que respondió que quería ser sacerdote católico, a lo que el militar, convencido representante del régimen nazi, le dijo con sorna: “Bien puede ir pensando en otra cosa. De sacerdotes, en el futuro, no habrá más necesidad”. Sólo pocos meses después, el Reich era un montón de ruinas, y más tarde los regímenes del Este de Europa. Y, -comenta Benedicto XVI- pasados los años, sigue existiendo la sed de sentido, la sed de Dios, y la necesidad de hombres que sepan anunciar a Dios. ¿Por qué tenemos necesidad de sacerdotes? Tenemos necesidad de sacerdotes, sencillamente, porque tenemos necesidad de Dios -concluía-.

Cuantos cambios, muy profundos, en estos cincuenta años. Pero en medio de nosotros ha estado Jesús, el Señor. A Él es al que aquel día le dijimos: “Aquí estoy”, con la pasión, la debilidad y la determinación de los veintitrés años, en mi caso. Su gracia, sólo su gracia ha mantenido encendida la llama del ese sí. En los momentos luminosos y en los momentos oscuros, con dificultades y con alegrías. Solo Jesús, el Hijo de Dios con su bondad y su misericordia, puede sostener tanta limitación humana durante cincuenta años. Es por ello que esta celebración es una acción de gracias al Padre, que por la acción del Espíritu

Santo, nos ha constituido y sostiene como sacerdotes de Jesucristo en su Iglesia.

El Evangelio que hemos escuchado nos muestra que hay, básicamente, dos maneras de reconocer a Cristo. Por una parte está “la gente” que de algún modo le ha conocido, y por otra los Doce, a los que se refiere como “vosotros”. “La gente” ha percibido algo en Jesús, para ellos es una gran figura, un “grande” junto a otros personajes. Los discípulos lo conocen de un modo distinto, más profundo. Ellos convivían con Él. Experimentan el centro escondido de la figura de Jesús, que vive totalmente con el Padre. En su oración ellos perciben este centro más profundo de su ser del cual proviene el resto. Y así se manifiesta en la confesión de Pedro, que hemos terminado de oír: “Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo” (Mt 16,16).

Nosotros sacerdotes estamos llamados a revivir esta experiencia y esta confesión en la vida. Nosotros hemos ligado nuestro camino al suyo. Por cincuenta años el esfuerzo ha sido dar a conocer a Cristo, para que así, los que nos fueron confiados en los distintos cargos ministeriales, tuvieran vida. Sostenidos por la gracia no nos hemos dejado confundir cuando las aguas de la incredulidad se han transformado en una auténtica marea. Aceptando que a lo largo de este medio siglo se nos calificara de tantas cosas, por considerarnos no estar a la altura de los tiempos. Sabíamos y sabemos quién tiene verdaderamente la historia en sus manos. Pedíamos y pedimos decir con San Pablo: “Se de quien me he fiado” (2Tim. 1,12).

Por gracia de Dios, hemos podido de forma constante experimentar que de Jesús, al que hemos anunciado y al que hemos querido llevar todas las cosas, de Él han procedido fuerzas que curan a cuantas personas realmente se han encontrado con Él y que han tenido la experiencia de que Jesús es verdaderamente más que un profeta, es el “camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6), como antes de ayer proclamábamos firmemente en plena apertura de nuestro Congreso Diocesano de Educación.

Es la gratificante experiencia en tantas comunidades en las que he servido, en las parroquias y en mis diócesis, ver y sentir como Jesús por la Palabra, la caridad y los Sacramentos, especialmente por la Eucaristía, crecía y curaba a tantas personas que en Él han encontrado el sentido de sus vidas. Y por ello nuestra ansia de darlo a todos, de que sean evangelizados los niños y los jóvenes, y de que aumenten las respuestas positivas a las llamadas al sacerdocio para que crezcan el número de los que entregan la vida, configurándose a Cristo para traerlo a un mundo que tanto le necesita; un mundo con muchas fachadas tras las que se esconden muchas pobrezas, soledades y miserias que esperan ser redimidas.

Y este ministerio de llevar a Cristo a los hombres y a los hombres a Cristo, lo hemos querido realizar siempre como Iglesia. El Evangelio nos conduce del “yo” al “nosotros”. Cristo vive en el “nosotros” de su Iglesia, que nació en la Pascua, y que desde su primer día, Pentecostés, como nuevo Pueblo de Dios fue reconocible por el hecho de que hablaba en todas las lenguas. Es la, unidad, obra del Espíritu, que aglutina las multiplicidades. Por ello, también, el

ansia de ser sacerdote, de ser pastor que colabora con el Espíritu en unir, integrar, en acoger en la única Iglesia de Jesús, lo cual es una tarea esencial en nuestro ministerio, que expresa la verdad de la gracia del celibato, haciendo que no nos casemos tampoco con ningún grupo, partido, singularidad, que impidan o condicionen tener un corazón sólo, para Cristo, indiviso, como base para ser pastores a plena dedicación de todos los fieles que se nos han confiado. Renunciando, incluso, a manifestar posicionamientos personales que puedan afectar en negativo a la Iglesia a la que amamos y servimos, a la que libremente nos debemos.

Un sacerdote no debe vivir de sus personalismos hechos proyectos cerrados a espaldas de su familia eclesial, y mucho menos si la pueden dañar; libremente nos hemos expropiado por amor, para servir como Jesús y dar la vida. Cuando no es así nos sumimos en soledades, desánimos, perezas y excusas revestidas de razones que nos hacen daño y dañan a nuestro pueblo. Por eso al ver a nuestro presbiterio, en su inmensa mayoría entregado, hago más las palabras de gratitud, de reconocimiento y de ánimo, que nos dio en preciosa carta este verano Papa Francisco y que he querido reiterar especialmente ante el ejemplo que habéis dado con ocasión de las recientes inundaciones de la Vega Baja. Eso es lo nuestro, un amor a la Iglesia que se hace concreto amando a nuestra buena gente de Orihuela – Alicante y que se materializa amando a la Diócesis, en la diocesanidad y la fraternidad entre nosotros; un amor a la Iglesia que se hace verificable en la comunión efectiva y afectiva con los pastores cuya cabeza es Pedro, del que hemos oído en boca de Jesús: “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18).

En esta comunión real, práctica, con todos: hermanos sacerdotes y diáconos, laicos y personas consagradas, con muchos defectos y limitaciones por mi parte, he querido encuadrar, como un ideal, mis cincuenta años de sacerdocio, sobre todo en estos tiempos de tendencias fuertes al individualismo, al culto de la singularidad, al fraccionamiento, a repetir Babel. La Iglesia por obra del Espíritu es Pentecostés. Ahí debemos estar nosotros. Y, además, aspirando a vivir, la gracia de las actitudes que nos indicaba Pedro en su carta, la segunda lectura proclamada (Cf 1 P 5,1-4).

Y si podemos decir que está la Iglesia, donde está Pedro, también podemos decir que está donde está María. María, como en Caná de Galilea, a través de los siglos, como madre, ha llevado a Cristo. Esa ha sido mi experiencia a lo largo de estos años.

Hoy y aquí, la providencia ha querido que la entrañable imagen de Ntra. Sra. de Monserrate nos presida; en ella veo las advocaciones que llenan nuestra Diócesis y que llenan mi vida. A ella le confío las tres palabras que mejor resumen mis sentimientos en estos meses y en esta Eucaristía al contemplar mis cincuenta años de sacerdote, y que dirijo al Señor: perdón, gracias y ayuda.

Perdón Señor, por todas las infidelidades, tibiezas y pecados. Por no estar a la altura, ni de lejos, de tu gracia. Perdóname. Gracias Señor por llamarme, ya desde el inicio de mi ser, misteriosamente, a semejanza de lo que decía el

profeta Jeremías en la primera lectura (Jer 1, 4-9). Gracias por tantos dones: la familia, los maestros y obispos, los compañeros sacerdotes y la gran cantidad de lecciones de bondad recibidas desde la gente santa de mis parroquias y diócesis, gente que ha iluminado y dado calor a mi vida, haciéndote presente a ti. Gracias: necesitaré todo lo que me queda de vida, y más, para agradecerte los incontables detalles que has tenido conmigo. Y, ayúdame Señor, a que pueda ser algo de lo que tú esperas de mí y de lo que, sin duda, te mereces. Ayúdame a acabar mi vida siéndote fiel en tu santo servicio, y a llegar a la meta de la vida, que eres tú mismo.

Así te lo pido Virgen María, para que se lo recuerdes a tu Hijo, y pídele que bendiga a todos los aquí presentes, por su compañía en este día y, sobre todo, por su oración. Y que bendiga a nuestros difuntos, a los que tanto debemos. Y, especialmente a nuestra querida Diócesis. Gracias Señor. Gracias María.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.